



La Santa Sede

VISITA APOSTÓLICA A NOLA, CASERTA Y CAPUA

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 24 de mayo de 1992

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Ya es mediodía. Ha llegado el momento de orar juntos a la Virgen María, de la que sé que sois muy devotos, como lo atestiguan los numerosos santuarios dedicados a ella en vuestra tierra. Los santuarios son signos visibles de la presencia invisible de la Madre del Señor en medio del pueblo cristiano. En ellos la bienaventurada Virgen María invita a los fieles a cantar como ella, el poder y la misericordia de Dios (cf. *Lc* 1, 46-55) y a celebrar el culto del Señor en espíritu y verdad (cf. *Jn* 4, 23).

En esta perspectiva, me complace subrayar que Capua Antigua es *una ciudad de la Virgen*: desde hace siglos, el nombre de María se halla unido al nombre de la ciudad. Me alegra recordar, también, el santuario de la *Virgen de Leporano* que, desde el siglo XV hasta hoy, es meta constante de peregrinaciones.

En la diócesis de Nola, que visité ayer, es característico el santuario de la *Virgen del Arco*, al que acuden durante todo el año, y especialmente en tiempo de Pascua, peregrinos de todos los rincones de vuestra región. Y, luego, está el santuario de *Santa María Consoladora del Carpinello*, en Visciano, conocido también fuera de Italia, incluso en América central y en América del Sur.

De la diócesis de Caserta, que también he visitado en este viaje apostólico, me es grato recordar *la catedral*, convertida en santuario de la Virgen de los Dolores, para honrar la participación de la

Madre en la pasión redentora de Cristo, su Hijo y deseo asimismo hacer mención del santuario de *Santa María Madre de la Iglesia*, erigido en el monte San Miguel, en la localidad de Maddaloni.

2. Amadísimos hermanos, los santuarios marianos nos deben recordar que la *Virgen Santa es el primero y el principal santuario de Dios*. Los antiguos escritores de la Iglesia, reflexionando sobre el hecho de que María de Nazaret había llevado en su corazón y en su seno al Hijo de Dios, la llamaron *Arca de la Alianza* porque contenía en sí no las tablas de la Ley y la urna con el maná (cf. *Hb 9, 4*), como el arca antigua, sino al Autor mismo del Evangelio y al Pan verdadero bajado del cielo (cf. *Jn 6, 32-33*).

Pero también todo discípulo de Cristo en virtud de la gracia sacramental del bautismo, se ha convertido en templo santo del Señor: «¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 *Co 3, 16*).

Amadísimos hermanos y hermanas pidamos a la Virgen que nos haga capaces de amar al Señor y de cumplir fielmente su palabra. De esa forma, también en nosotros habitará el poder del Espíritu de Dios: seremos su morada, su santuario como María, a la que juntos invocamos ahora.